

GALICIA

REVISTA REGIONAL

ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS (1)

~~~~~

#### SANTO DOMINGO DE PONTEVEDRA

---

#### II



COMPANAN á la capilla mayor cuatro menores, dos á cada costado. La inmediata por el lado del Evangelio presentaba su entrada de arco ojivo sostenido por dos pilares semejantes á los de ingreso del ábside mayor, siguiendo á sus columnas otras cuatro á trechos limitando la capilla que se presenta en cinco ochavas, y elevando sobre los bien modelados capiteles seis de los siete arcos de la bóveda ojival, cuyos aristones marchan á cruzarse en el florón central de la misma. Atravesadas las columnitas por una imposta corrida, hacia su promedio, divídese la altura del ábside en tres espacios ó cuerpos. Dos ventanas ojivales largas y ajimezadas rompen desde el final del primero, ó sea desde la imposta corrida hasta la bóveda, con sus parteluces, arcos trebolados, y luces cuatrifolias en la entre-ogiva, en todo semejantes á los del ábside principal.

Llama la atención una lucha de aves monstruosas cincelada en uno de sus capiteles, enroscados los cuellos, en actitud de morderse las cabezas, igualando en su propósito á otras que vienen de la cola, como de cuadrúpedos, para la batalla.

---

(1) Véase el número 2.

Hoy esta capilla se vé más mutilada que ninguna, faltando en ella ya fustes enteros de columnas. Tuvo sus muros pintados, de que presenta vestigios, y parte de una imagen del Salvador.

Consérvase allí la tapa de un sepulcro en un nicho, bajo arcada ojival obtusa con estatua yacente de una dama cubierta con manto largo, adornada de toca mongil su cabeza, la que tiene graciosa y artísticamente descansada sobre una de sus manos, apoyada la otra en un pergamino que sube y voltéa algo hasta el hombro. Es jóven la rica hembra. El ángel custodio de los sepulcros abraza su almohada. El sepulcro fué osadamente profanado y sustraído, quedando allí, bajo el arco mortuario, suspendida la tapa con el cincelado bulto.

La primera capilla que la mayor conserva inmediatamente del lado de la Epístola tiene su ábside parecido al anterior que acabamos de exponer, como inmediata del mayor también, del lado del Evangelio. Difiere algo el presente en los pilares por el ornato de los capiteles. A la izquierda en el divisorio pilar del arco formero obsérvase en el capitel de una columna mayor una lucha de dos guerreros que batallan á pié y un perro además, y en el capitel mayor del lado opuesto tres bustos, los dos extremos, con dos caras y tirando de las orejas al del centro.

A cada lado en el interior de esta capilla se rompe una arcada sepulcral, de las cuales han desaparecido ya los sepulcros. Una inscripción aparece arriba del arco de la izquierda, y dice así:

ESTA CAPILLA ES DE LA FORTA  
LEZA Y CASA DE GONDAR FVN  
DACION Y ARMAS DELLA.

Y efectivamente, en el escudo que allí ostenta se reconocen las cinco Lises en uno de sus cuarteles; en otro el escaqueado, en tres, dos y tres Escaques; en otro el Puente con dos Castillos á sus extremos con el blasón escaqueado sobre el Castillo del lado principal del Puente y el de las tres Lises sobre el Castillo del otro lado. En otra parte de la Iglesia donde hay vestigios de haber existido un altar, bajo la gran ventana circular de la cabeza Norte del crucero, se reproducen estas Armas en ovalado escudo, á las que se agregan el blasón de nueve Roeles; el Castillo á la Ribera entre tres Lises saliendo furioso por su puerta el encadenado León á defenderlo; y por último, el Pino entre dos Lises con el Perro ante él, y morrión adornado de plumas al timbre.

Parece, segun memorias antiguas del convento, que esta capilla se denominaba del *Buen Jesús* y de *San Pedro Mártir*, y que en ella estaba el sepulcro cuya tapa fué arrojada en otra parte de la iglesia de que hicimos mención, y pertenecía el referido sepulcro á *Gonzalo López de Montenegro*.

La segunda y postrer capilla por el lado del Evangelio de la mayor, tiene las proporciones, detalles y forma general de las menores ó laterales que en la descripción anteceden, habiendo sufrido tambien bastante, pues le faltan ya algunos fustes de columnas.

Tenia dos sepuleros. El del lado de la Epístola desapareció por completo, quedando sólo la arcada ojival obtusa, bajo la cual descansaba; y hasta fué destruido el tabique entre este sepulcro y el de la capilla contigua. El del lado del Evangelio se desbarató y robó. La tapa fué arrojada en medio de la capilla. Contiene una buena escultura: la estatua yacente de *Tristán de Montenegro*, caballero, perfectamente armado á la antigua usanza; manos derechas en oración; espada ceñida; hasta más abajo de las rodillas la sobreveste; el tahalí de la espada atravesando por el pecho; yelmo fortísimo bordeado de semiesferas en la cabeza; abrazada ésta y el hombro derecho por un ángel de abiertas alas, que la sostiene reclinada sobre tres almohadones, y descansando el cadáver los piés en el significativo león de su noble alcurnia. La estatua representa jóven y de hermosa figura á *Tristán de Montenegro*; con la barba cerrada y corta. Tirados cerca otros dos leones que fueron acaso los piés del sepulcro á que correspondió esta tapa, ó serian tambien del otro sepulcro que existió del lado de la Epístola en esta capilla que se nombraba la *capilla Vieja del Espíritu Santo*, y últimamente de *Soriana*.

Bajo el arco ojival del monumento en que estuvo el sepulcro de *Tristán*, se leen todavía las inscripciones siguientes, en buenos caracteres, y con algunas, aunque pocas, abreviaturas.

AQUI ESTA SEPULTADO  
EL NOBLE CABALLERO TRIS  
TAN DE MONTENEGRO HI  
JO DE ALVARO LOPEZ DE  
MONTENEGRO I DE TERE  
SA SANCHEZ DE REINO.  
MVRIO DE VNA ESPIN  
GARDADA QVANDO SE TO  
MO FSTA VILLA AL CON  
DE DE CAMIÑA DON PEDRO  
ALBAREZ DE SOTOMAIOR  
AÑO 1464 (1).

TAMBIEN IACE AQVI DON  
FERNANDO DE MONTENEGRO  
DEL CONSEJO REAL BISNIE  
TO DE LOS DICHOS TRISTAN  
I CONDE. MVRIO AÑO 1577.

---

(1) Está equivocada la fecha, pues sucedió la muerte lo menos diez años más tarde. No extraña la equivocación, por ser la inscripción conocidamente posterior al suceso.

Digno es de eterna lamentación, con especialidad el maltrato inferido á la buena memoria del esclarecido patricio pontevedrés, que segun la gráfica expresión de Juan de Guzmán, catedrático de retórica en aquella villa un siglo despues, en su *Dedicatoria de la Traducción de las Geórgicas de Virgilio*, impresa en Salamanca en 1586, dice de Tristán de Montenegro, que «imitando á otro Patroclo por defensa de la pátria, salió por capitán de esta villa de Pontevedra, contra el conde de Camiña.» Era Tristán, señor de Mourente, y en el Campillo, frente á la fachada principal que en el día tiene la iglesia de Santa María la Grande, se levantaban la casa y torre de este noble y valeroso caballero. Teníala tambien, la Torre de iguales circunstancias en el castro de Mourente y la del lugar de la Torre en la misma parroquia. Las torres de la villa de Pontevedra estaban confiadas á la custodia, guarda y defensa de este personage.

La última capilla que es la segunda del lado de la Epístola del ábside mayor, presenta en lo general la forma y detalles de la anteriormente descrita, aunque se distingue algo por la esbeltez y labor en los basamentos y columnas y en ciertos detalles. En los capiteles del pilar de la derecha, en el arco de entrada, se vé una figura con dos pergaminos y al frente en otros capiteles un javalí y un ave nocturna; con lo cual vá mezclándose con el de figurá, el ornato vegetal.

Así al lado del Evangelio como al de la Epístola se abre una arcada ojival para sepulcro en los primeros espacios de los cinco en que los muros del ábside se hallan divididos. El monumento sepulcral del lado de la Epístola, está formado por arco ojivo de hojas á cuatro, saliendo agraciadamente movidas de entre dos juncos, á formar cruz, y por el superior borde le adornan flores crucíferas sobre base de diamante. En la tapa del sepulcro yace tendido sobre colchón, colcha y almohadones, un guerrero perfecta y severamente armado y cubierto de malla, defendidas sus manos con manoplas de hierro y con yelmo de acero la cabeza. Empuña religiosamente la cruz de su espada y muestra envainado á la cintura el puñal de misericordia. Estriba sus piés en el león nobilísimo de su prosapia y su jóven cabeza y rostro tiene por fieles y cariñosos amigos y guardianes á dos ángeles custodios. Pero no quedó ya más allí que este símbolo de honor y muerte. Las losas del sepulcro con el epitafio del mausoléo se han sustraído, y las cenizas del amante guerrero fueron impía y sacrílogamente aventadas.

Para memoria de su hidalguía, quedó únicamente el escudo en campo de plata de tres Fajas escaqueadas de oro y rojo á las que añadieron los de esta casa, que es la de Sotomayor, y una Faja negra por encima de cada una. Y es el blasón que labró la misma sobre el arco ojival de este sepulcro.

A su frente, en el lado del Evangelio, se halla debida y galantemente colo-

cado otro sepulcro, el de la nobilísima señora del cristiano paladin, en la forma y traza misma que el mausoléo descrito de su amante esposo. Jóven es también y cubre un velo ó mantéo corto el talle de la esclarecida dama. La orla de su vestido se observa sorprendentemente recamada y guarnecida con los augustos leones de su extraordinaria grandeza. Pero la que compartió la excelsitud de su lecho con el guerrero amado y nobilísimo, fué del propio modo igualada en la muerte y en el desastre y la impiedad moderna de los sepulcros. El de la extrangera dama no fué más respetado ni mejor atendido, que el del gallego caballero.

Y la dama, no obstante, era toda una infanta esclarecida, hija de los Reyes de Hungría y de Bohemia y de la sangre Real de Polonia, prisionera del Turco y después del Tamorlán, rescatada por los Reyes de España y dada en matrimonio al que en vida militar y generosa, fué enviado por nuestros Monarcas para la obtención de su libertad, á la manera que, refiriéndonos al Cardenal Hoyo, expusimos en nuestro artículo del número 20 de LA REVISTA DE GALICIA, Coruña 25 de Octubre de 1880, con el título de *Santa Mariña d'Oxo de Cambados*. Aquel valiente y generoso adalid fué D. Pedro de Sotomayor, hijo de D. Pedro Pardo, el Mariscal. Su esposa, la infanta Doña Juana de Hungría, cuyos son los bultos que de reseñar acabamos.

Fuera de esta capilla, que es la que antigua y modernamente se nombraba de *San Jacinto*, se hallan en el muro Sur, contiguas á este ábside, dos puertas de comunicación á la sacristía del templo. Sobre la primera, que es la más inmediata y formada por un arco semejante á los peraltados de medio punto arrancando del suelo, se nota un escudo de armas digno de atención, al parecer fijado allí en el año 1599, segun la inscripción que conserva á los lados del morrión engalanado de la cimera. Es el escudo, partido en cuatro campos iguales ó *cuarteles*, y en el medio, que es el *sobre el todo* del escudo, tiene un escudillo con las Fajas en escaques de la casa de Sotomayor sobre las Ondas de los Mariños. Al primer cuartel, aunque verticalmente, las Fajas parecidas á las del reino de Hungría; al segundo, el Aguila semejante á la del reino de Polonia; al tercero una Cruz, alusión tal vez á la del reino de Bohemia, y, finalmente, en el cuarto, dos Bandas ondeadas, atravesando oblicuamente el cuartel. Bien pudiera suceder que estos blasones, aunque no del modo más acabado y perfecto, se refiriesen en lo principal á D. Pedro de Sotomayor y á la infanta doña Juana de Hungría, señores de la casa y torre de Santo Tomé do Mar de Cambados.

Según hallaremos más adelante, Gonzalo Argote de Molina, tomándolo del *Itinerario de Ruy Gonzalez de Clavijo*, designa á este nuestro embajador á Turquía y Persia, con el nombre de Payo Gomez de Sotomayor, hijo del igualmente mariscal Diego Alvarez de Sotomayor, y á la dama con el de

doña María Gomez. El P. M. Gándara está conforme también con estos nombres en su obra de las *Armas y Triunfos del Reino de Galicia*: y lo propio Vasco de Aponte en su libro de las *Casas de Galicia*. La tradición, pues, recogida en Cambados por el cardenal Hoyo se encuentra sujeta á cierta modificación ó estudio en los detalles apuntados.

Al lado occidental de la puerta anterior, existe seguidamente la otra, que es de arco ojival adornado de molduras desde la base de sus miembros hasta la cima, empezando á sus bordes un retorcido cable y jugando en él los juncos, bocelos y movidas hojas, con la cornisa de ornamento de flores, ostentando el conjunto cinceladas esculturas en piedra con imágenes de San Pedro y de San Pablo y Santos y Santas de la dominicana Religión, añadiéndose otros por la arquivolta con el Padre Eterno en la clave y en el dintel dos bustos representando uno el Salvador; cuyos relieves avanzan de los respectivos marcos, señalándose la imagen del Redentor por su aureola ó nimbo de cruz y resplandores.

A mayor elevación del arco ornamentado de esta puerta y desviado un poco hacia el Oriente, resalta un escudo de armas, que dividido oblicuamente por una Barra de izquierda á derecha, muestra en la elevada punta ó ángulo recto y superior de la derecha del escudo, otro, el del blasón de Sotomayor; mientras que en el punto y lado opuesto debajo de la Barra, se encuentra el blasón de las Lises que, de oro en campo de azur con el Lambel de cuatro pendientes, usaba Luís, Rey de Hungría, por la casa de Anjou de Sicilia, entre otros dos blasones: á la derecha el de las cuatro Fajas de gules en campo de plata, del Reino de Hungría; y á la izquierda el del Aguila de plata, en campo de gules, perteneciente al Reino de Polonia.

Así las portadas como los escudos, sepulcros y capilla eran dignos de los augustos consortes en ella depositados.

ANTONIO DE LA IGLESIA GONZÁLEZ.





## UN RECUERDO A SERANTES

---

EN LA CASA DE MI DISTINGUIDA AMIGA LA SEÑORA DOÑA  
HERMENEGILDA SALGADO DE ARAUJO FRANCO.

~~~~~

Allí, dó se desmoronan
Flores de eterna ambrosía;
Donde los cielos coronan
Verjeles, que se amontonan,
Aprisionando la ría.

Donde formando concierto
Con el rumor de las olas,
Cruza en el valle desierto,
El suspiro que vá incierto
A besar las amapolas.

Allí, quise despertar
De mi lira, ya dormida,
Melancólico, un cantar,
Que recordase al vibrar
Aquel día de mi vida.

Allí, de pasada gloria,
Aún en medio de ese encanto,
Evoqué triste memoria,
Porque recordé mi historia,
Envuelta á veces en llanto.

Pensé en las dulces auroras
De pérdidas primaveras;
Medité, que ya sus horas,
No han de volver, seductoras,
Para alentar mis quimeras.

Vi mis laureles marchitos
Entre muertas ilusiones,
Y en sus hojas miré escritos
Mis deseos infinitos
De adorables creaciones.

Juzgué cada desengaño
Que nuestra existencia hiere,
Resbaladizo peldaño,
Dó se estrella año tras año
Una esperanza que muere.

Creí mentira el amor:
La dicha vana quimera:
Y en medio de mi dolor,
Solo ví grato, el favor
De tu amistad, que es sincera.

Después.... de dudar dejé,
Paz buscando á mi existir,
Y de nuevo recobré
Ese manantial de fé,
Que hace rezar, y sentir.

.....

Bello declinaba el día
En el lejano horizonte;
Una campana tañía,

Y su eco se extendía
Hasta la cima del monte.

Y en esa calma elocuente
Del silencio más profundo,
Brotó espontáneo y ferviente,
El *Angelus* del creyente,
Cual si un templo fuera el mundo.

Vive en mi alma suspenso
Tal recuerdo que no borro....
Un valle florido, extenso....
Un piélago azul, inmenso....
Y junto al cielo.... ¡Chamorro! (1)

¡Chamorro! altar venerado,
Tu en los corazones vives,
Y entre incienso perfumado,
Llevas al sólio sagrado
La oración que en él recibes.

Si en mi ruta solitaria
Voy del desengaño en pós,
Márcame la senda varia,
Inspírame una plegaria,
Para llegar hasta Dios.

Gilda, si algun día pierdo
El verte, ambas ya distantes,
Crée que de tí me acuerdo;
Y guarda mi fiel recuerdo
De tu casa de Serantes.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Ferrol, Marzo 8 de 1887.

(1) Santuario de gran veneración en los alrededores del Ferrol.



EL FOLK-LORE Y EL POSITIVISMO

FILOSÓFICO



No menos avisado de mis lectores habrá advertido las estrechas relaciones y correspondencias que unen y ligan las tendencias de la moderna filosofía con el *Folk-Lore*; porque, prescindiendo de su origen y desenvolvimiento, tienen por incumbencia uno y otro iguales asuntos, y solo varían y se diferencian en las distintas esferas en que los tales asuntos tienen arraigo y movimiento. Términos, pues, de una serie, gobiéranse por aquellos principios y preceptos que acata toda verdad demostrada, viniendo también á coincidir en la manera de desarrollarse y regirse. Y por donde quiera que se miren y observen surgirá con poco esfuerzo el parecido y semejanza, no bastando á separarlos aquel punto capitalísimo de toda doctrina en que se marcan y ahondan las separaciones, porque aún ahí cchará de ver un ojo escrutador que no están interrumpidas ni menos desatadas las correspondencias y relaciones.

Por el hilo sacarémos el ovillo. Mis lectores no ignoran,—digo ignoran, por demasiado sabido lo tienen,—que el *Folk-Lore* y el positivismo filosófico

tienen su raíz y nacimiento en la opulenta y pulcra Inglaterra. Acaso alguien estime falsa la aserción en lo que respecta al positivismo; pero á ese buen señor le diré que, si bien la tal doctrina fué *esparcida á todo viento* por A. Comte y divulgada por sus discípulos, Littré á la cabeza, ha sido trabajo de recopilación y vulgarización el suyo, ya que el utilitarismo inglés de *Bentham* es la madre del cordero, siendo la abuela la escuela de Locke y raíz y semilla de todas ellas la doctrina de *Bacon*. De este tronco robusto y vigoroso brotaron ramas más ó menos sanas y airosas que el gallardo desenvolvimiento de las ciencias experimentales, y las sorprendentes y maravillosas aplicaciones, de quo son objeto, á la industria, fueron parte para que los pensadores parasen mientes en doctrinas tan discutidas y asendereadas como las de Condillac, Lamark, y otros del mismo jaez, y para que tras aquellas briosas divagaciones racionalistas de los alemanes, que tantas y tan potentes fuerzas intelectuales consumieron con generoso ardimiento y fin nobilísimo, surgiese Comte con su doctrina proclamando, *urbi et orbi*, lo limitado y estrecho de nuestra inteligencia para entender, contener y asimilarse los conceptos metafísicos y verdades *á priori*; y para consuelo de afligidos y esperanza de ilusos, forjó una á manera de religión, extravagante y ridícula, y que sólo vivió lo que la vida del autor, profeta y pontífice, que de todos estos títulos se hizo merecedor. Y así como el *falsterio* fué pródigo en supercherías y embaucamientos, así también la teogonía religiosa de Comte se prestó á no pocas inocentadas y truhanerías.

Todo lo que va dicho bien se entiende que es al Continente á quien se refiere; que en la Gran Bretaña el proceso, como ahora se dice, de la ciencia filosófica, siguió por sus pasos contados, el camino de antemano trazado. Porque eso sí, allí como aquí, la cultura nacional tiene un sello tan exclusivo y propio, que no es fácil confundirla, ni á primera vista, con cualquier otra. En todas las esferas de la actividad intelectual percíbese un cierto olor y sabor á cosas de mar y de comercio que no excluye, ni á la valentía y fijeza de entendimiento, ni á la penetración y sagacidad, sino que todo ello se integra y completa, como factores necesarios y suficientes de la compleja y vária manifestación del pensamiento inglés. En arte como en literatura, en filosofía como en ciencias experimentales, tienen fuentes originarias y tradición; así toda nueva producción viene orgullosa de su procedencia y abolengo y altiva y fastuosa con los altos merecimientos y copiosos bienes por sus progenitores legados. Cifniéndome, pues, al asunto, diré que Stuart Mill fué un continuador afortunado de la escuela utilitaria, viniendo en su lógica á compendiar los principios de Comte. Una observación me toca hacer á todo lo apuntado, la cual es: que toda la filosofía genuinamente inglesa asienta sus cimientos en la lógica, y tan potente y viril se muestra en este

punto, que desequilibra y achica las otras partes de la ciencia. Es el sentido práctico de la raza que se desliza á través de la investigación abstracta para prestarle aún en este punto aquellas condiciones y cualidades que tanto la avaloran y realzan. Porque, dígame lo que se quiera, el anglo-sajón goza de señorío y opulencia en el imperio universal, por la herencia y transmisión de las intuiciones de raza. Es el modelo de los gobiernos constitucionales, porque de todas las formas de gobierno es la que mejor se pliega á los instintos y aspiraciones populares. De todas las naciones europeas es la que tiene más aptitudes colonizadoras, porque las instituciones de su vida pública no son absorbentes ni centralizadoras. La experiencia del vivir y la intuitiva observación del medio, gobiernan sus acuerdos y manejan sus voluntades. Todo, pues, se discute y examina por el aspecto práctico que presenta, y cuando ya tienen un conocimiento cabal de ello, déjalo que se alce del suelo y suba y se cierna en la dilatadísima esfera de lo infinito. Cuánto se apartan estas cualidades de las que nos caracterizan y ponen en relieve, inútil es apuntarlo, porque en tropel se le habrán ocurrido las distinciones al ménos reflexivo de mis lectores, si alguna vez discurrió sobre tales negocios.

Hoy ya tienen los ingleses quien reclame la paternidad del positivismo filosófico. Pensador de entendimiento sagaz y viril, de amplísima comprensión y enriquecido con opulentísimos caudales de ciencia experimental, es Herbert Spencer de aquel linaje de hombres que proyectan influencia duradera en la cultura de una época. Muy discutidos y aquilatados son sus principios y teorías; pero ninguno de sus adversarios al disputarle el campo de la investigación, deja de tributarle aquellos elogios y encarecimientos que demanda lo singular y original de su entendimiento y teoría. Constituye la ambición de su vida crear un cuerpo ó conjunto de doctrina que reasuma el saber y experiencia de las pasadas generaciones y contenga, á modo de corolarios, principios que guíen la especulación y conducta en lo sucesivo. Los límites de su doctrina son *evolución y distribución del movimiento, y disolución y concentración del movimiento*, y entre tales lindes discurre en ordenada y gradual colocación cuanto el hombre conoce y sabe, así en lo divino como en lo humano.

Véase de que manera mansa á insensible se iba un hombre engolfando en las difusiones y vaguedades de la abstracción. Y si aún fuera la pluma elegante y discreta de un Caro quien las tratara, vaya con Dios, que su goce tendría el lector asiduo; pero es dura y de condición rebelde la muy sin conciencia cuando cae en mis manos, no prestándose á todo lo que el pensamiento intenta, que es sutil y delgadísimo en cuestiones de esta índole. Esta delgadez y sutileza no hace invisibles las abstracciones; oscurece la torpeza é

indiscreción unas veces, lo seco y desabrido de la envoltura otras; pero si cobran al manifestarse un cierto donaire y gentileza, hácense pastosas y agradables y hasta llegan á enamorar si se menudéa su trato. Así no hay que decir cuan ventajosa es para una cultura contar con escritores de ingenio que tengan predilección por materias tan escabrosas. En nuestro país, desdichadamente no abundan, dicho con más exactitud, escasean; y esta escasez dimana, en mi humilísima opinión, de aquella repugnancia y despego que el estudio de la psicología, lógica, etc., despierta en la inteligencia de escolares de doce á catorce años. No es posible que el entendimiento, en edad tan tierna, penetre y esclarezca las nebulosidades de lo abstruso, ni el juego y mecanismo de nuestras potencias y facultades; y sólo la memoria, desprovista de raciocinio funciona, brotando la duda en el ánimo del aplicado, acerca del valor de la ciencia, y el odio y desprecio en el de cortos alcances. Más saludable y provechoso para la enseñanza y general cultura sería sustituir por una historia de la filosofía el estudio de la mencionada asignatura; desaparecerían las resistencias y despertaría curiosidades oportunas. Aquí viene como anillo al dedo aquel hermosísimo verso del cantor de Laura:

Di pensier in pensier, di monte in monte....

Así yo también, en escala reducidísima, dejo volar los pensamientos sin oír las reclamaciones del epígrafe, que á cada momento, dice con mucha razón, que me voy por esos trigos de Dios. No temas ya nueva digresión, lector benévolo, si alguno tengo á estas alturas, que es ya imperiosa la necesidad de terminar; y menester es buscar posición lucida para caer bien, como los gladiadores romanos.

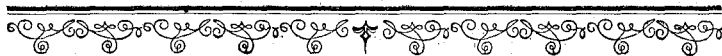
Dicen los folk-loristas, que así lo de tejas abajo como lo de tejas arriba, cae bajo su imperio. Que se refiera al cultivo de los campos ó á la manera de cocer las verduras, ya á las supersticiones, ya á los augurios y adivinanzas, bien á cualquier arte mecánico, bien á predicciones y reglas de conducta, ora á preceptos y cautelas, ora á cuidados y quehaceres; ello es que el folk-lore nada rechaza ni excluye de su dominio. Bástale que traiga el sello popular para que sea admitido y agasajado en relación de sus merecimientos. El adagio, el refrán, la tradición, la conseja, la superchería, la preocupación, la experiencia especulativa, todo tiene lugar adecuado en él con sus honores y categorías. El trabajo del aficionado reduce á clasificar, ordenar y relacionar esta ciencia vulgar con aquella otra que requiere ejercicios más delicados y doctrina más depurada y exquisita. Esta afición, como todo lo inglés, está fundada en un principio práctico. Las sociedades folk-loristas inglesas dedícanse con ardor á las ocupaciones de su incumbencia, como un medio higiénico—aparte la viva curiosidad que aficiones tan pintorescas sugieren,—para fortalecer la raza y distraerla en sus ratos de ocio, de los nocivos placeres de

las grandes poblaciones. Las excursiones de los socios, el coleccionar en los países recorridos lo que hallen digno de atención, el distraerse con la extrañeza del panorama, ó el cambio de perspectiva, el fomentar las diversiones que acrecienten la salud y presten bríos y fuego al alma, el enseñar á sentir esos purísimos y suaves deleites que la naturaleza bien entendida hace brotar en el ánimo; tales son las tendencias y deseos de las sociedades del Folk-Lore inglesas. Es para ellas un medio educador de seguro y ventajoso resultado, cuando se maneja con oportunidad y discreción. Forma hombres ágiles y sanos, de alma templada y serena y de sentimientos dulces y generosos, con gran amor á su país, porque le conocen á maravilla, y admiradores y respetuosos con el ajeno, cuando les toca en suerte contemplarlo. En fin, que una educación entendida de este modo no forma sólo personas doctas, sinó de recto y sensato sentido, lo cual escasea por estas tierras, de modo todavía no bien apreciado.

Sin violencias, pues, ni esfuerzos puede advertirse ahora el parecido del Folk-Lore y la filosofía positiva. Objeto de ambos la vida en su varia manifestación, estúdiala uno en las extructuras que están más en contacto con lo primitivo é indígena, viniendo á conseguir de este modo el despojar á un pueblo dado de los sedimentos y alusiones que el desarrollo de la civilización fué deponiendo sobre sus primeras capas; considérala la filosofía en el último aspecto que presenta esa vida, averigua cuáles causas fueron aceleratrices y cuales retardatrices de su bienestar y desahogo, señala medios para colmar aspiraciones y aminorar deseos, y extendiendo sus miras indica lo venturoso de lo porvenir, de caminar atemperados á sus preceptos y consejos; pero aquel vago y hondo deseo de lo sobrenatural, lúnite y escollo de toda investigación, méngualo con mano atrevida el positivismo y destiérralo de la esfera científica. ¡Vano intento el suyo! que le lleva á extravíos de los cuales reniega airado. Y aquí surge otra nueva coincidencia que no hice sinó indicar al principio. El punto capitalísimo que ahonda y separa cualquier linaje de conocimientos, la creencia religiosa, no aleja lo que tanto se acerca en lo demás. Ambos dan cabida en su seno á cultos diversos y á cualquier creencia ó manifestación religiosa que se presente. El positivismo repúta como ajena á su cometido, y solo la estima como dato ó documento humano: el folk-lore como curiosidad ó devaneo de la imaginación que clasifica bajo el título de supersticiones.

Corolarios. De todo lo dicho se deduce que las semejanzas brotan por do quiera, que la materia es árdua y el espacio corto, que la pluma es inexperta y el asunto vasto é intrincado, y en fin, que la paciencia del lector se agota.... y manda muy noramala al que suscribe.

ANASTASIO R. LOPEZ.



AMORES EN EL CIELO ⁽¹⁾

~~~~~

### PARTE 1.<sup>a</sup>

—

*«Hojas del árbol caídas  
juguete del viento són:  
las ilusiones perdidas  
¡ay! son hojas desprendidas  
del árbol del corazón.»*  
ESPRONCEDA.

La calma reina en la remota aldea;  
ya las sombras se extienden, el sol cae,  
la brisa con las flores juguetéa  
y mil aromas y rumores trae.  
Amarillea el bosque, que de Octubre  
comienzan á sentirse los rigores  
y el verde césped de despojos cubre  
mústias galas de muertos esplendores.

---

(1) Fragmento de un *poema* dedicado á la ilustre escritora doña Emilia Pardo Bazan.

De entre los sauces del sereno río  
surge la niebla y cubre la llanura  
con un blanco sudario húmedo y frío.  
La luz huye del valle hacia la altura.  
El véspero, la estrella de la tarde,  
se eleva en un confin del horizonte  
y cual faro lejano brilla y arde  
coronando la cúspide del monte.  
El día muere, la creación desmaya,  
cierra el lirio silvestre su capullo  
y allá en las ramas del pinar ensaya  
la paloma torcaz su último arrullo.  
Se oye ese ruido indefinible y vago  
que forman, en monótono concento,  
los insectos, las ranas en el lago,  
el río en su corriente manso y lento,  
la fuente que resbala sonora,  
y el viento que al pasar en rauda giro  
ya imita el son de queja misteriosa  
ó el rumor prolongado de un suspiro.  
El ladrido del perro, allá á lo lejos,  
forma coro al cantar de la aldeana  
que del sol á los últimos reflejos  
al pobre albergue por llegar se afana,  
pues dicen que de noche en la espesura  
un extraño fantasma se presenta,  
y tímida sus pasos apresura  
y con el canto su temor ahuyenta.  
Los pájaros que alegres á la aurora  
saludaron del sol la hermosa llama  
silenciosos y mudos vénse ahora  
piando con temor, de rama en rama  
buscando tristes con afán el nido;  
y en medio de tan fúnebre concierto  
la campana con lánguido tañido  
llama á oración cual si tocase á muerto.  
Sólo en la opuesta y elevada cumbre  
del monte en que la aldea está encerrada  
brilla aún del sol la fulgurante lumbre,  
la sublime y postrera llamarada.

A la orilla del río, en la ladera  
que sombrean frondosos encinares,  
destaca una casita, la primera  
que asoma entre las ramas seculares.  
Como la nieve blanca, se parece  
á un nido de palomas suspendido  
de las ramas del bosque que se mece  
por el soplo del céfiro impelido.  
De su techo se eleva espesa nube  
de humo que el fuego del amor levanta  
en el hogar y cual incienso sube  
del Dios de paz hasta la augusta planta.  
Todo anuncia el amor y la ventura  
en la blanca casita de la aldea....  
Más, el fondo secreto de amargura  
que guarda el corazón ¿quién lo sondéa?  
¿Quién aprecia sus ánsias infinitas?  
Del alma, Dios, en la región secreta  
allí las puso de su mano escritas,  
y Dios que las grabó las interpreta.  
Doquier vivan los hombres, á su lado  
se han de ver juntos dichas y dolores  
cual se ven en el seto del cercado  
las punzantes espinas y las flores.

En la casa, á través de una ventana  
desde donde aún el sol se descubría,  
estaban una joven y una anciana  
mirando atentas como muere el día.  
La primera es hermosa; pocos años  
tiene aún y en su rostro ya refleja  
larga vida de duelo y desengaños:  
es una niña con el alma vieja.  
Despiden sus azules grandes ojos  
la ténue claridad, vaga, indecisa  
de la luz cuando muere, y causa enojos  
la amarga contracción de su sonrisa.  
Es viva encarnación de la tristeza.

Mira ponerse el sol, y con dulzura  
doblando resignada la cabeza,  
«¿Cuanto tarda, Dios mío!...» ella murmura.  
Vé enseguida las hojas que en el suelo  
el viento de la tarde arremolina,  
suspira con tristeza, mira al cielo  
y nuevamente la cabeza inclina.  
Acaso aquel puñado de despojos  
que crugía y en círculos pasaba  
por el viento impelido, ante sus ojos  
sus muertas esperanzas presentaba;  
acaso era el fantasma de sus sueños  
llenos antes de amor y de ventura  
que un día le mostraron halagüeños  
promesas de dulcísima ternura;  
acaso todo: ensueños, ilusiones,  
esperanzas de aníor desvanecidas,  
un cielo, en fin, de dulces emociones  
flores del alma que miró perdidas.  
Como aquellas, en días más felices,  
en los albores de una hermosa aurora,  
tuvieron sus perfumes, sus matices,  
y vagan muertas sin destino ahora  
del recuerdo á merced, como del viento  
las secas hojas al impulso giran  
y al pié del tronco que les dió sustento  
con murmullo tristísimo suspiran.  
Tal el recuerdo ante sus ojos lleva  
de aquella tarde en la solemne calma  
la imagen de su vida, que se eleva  
como un muerto del fondo de su alma.  
Pero ¿quién es? ¿Por qué tan afigida  
vé como pasan lánguidos y lentos  
los fugaces instantes de la vida?  
¿Por qué abriga tan tristes pensamientos?  
¿Qué loco amor le aqueja? ¿A quien aguarda?  
¿Por qué en la mano reclinó la frente  
murmurando: «Dios mío, cuanto tarda!»  
y al cielo mira con afán creciente?

SALVADOR GOLPE.



## A ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA

~~~~~

I

Teño inda n-a memoria os teus falares,
N-a y-alma ó teu recordo,
N-o corazón teus cantos feiteiros,
Tua imaxen nos ôllos.

—

Lonxe, moy lonxe d-o país d-as brétemas,
D-os pinos rumorosos,
D-os rios marmoleiros, e d-os montes
Frolêados de toxo;

—

Tan sô c'-as tuas ispiradas cántegas
O meu corazón hñofo
Sua paz alcontrou, y-os meus ollñoes
Reparadeiro sono.

—

¡Ay, cántas veces eu biquei as follas
 D-os teus *Cantares nòvos*,
 Bebendo c-os meus bicos, augas virxes
 De prácidos consolos!...

Déranm' estonces fortalez' ô esprito,
 Ó corazón repouso,
 Lumifientas ideas ô cerebro,
 Axilidad' ô corpo....

II

Pero xá morta,
 Pero xá fría,
 Sóyo hay recordos
 N-a y-alma miña....
 Hay sólo bágoas
 N-a miña lira....
 Sóyo tineblas
 N-a fantesía!...

III

Branças pômbas que cruza-l-os aires,
 Parade mainiñas....
 Non turbés c-os runaores d-as âas
 O prácido sono d-a gran ROSALÍA.

IV

Espesa névoa d-os nosos montes,
 Húmed' horballo....
 Pousâ n-as còrdas d-a negra arpa,
 Que tóca ó bardo!

—
 Mollad' as cordas.... ¡Soyo molladas
 Cantarán notas
 Que se confondan c-os ayes tristes
 D-as *Follas Novas*!

—
 Soyo molladas, soyo así froxas
 E destempradas,
 Darán noticia d-a miña pena,
 D-as miñas bágoas!

—
 Soyo así roucas, roucas é frías....
 Así tan soyo,
 Quero q'as còrdas d-a miña arpa
 Toquen á morto!...

V

Calade, gaiteiros
 Qu' abruxa-l-a aldea;
 Calade, que choran
 As musas gallegas,
 E n-as suas congoxas de morte
 Nos din lastimeiras:
 «¡Gallegos, chorade;
 Chorade por *Ela*!...

Calà, paxariños
De vivo plumaxen,
Y-as âas recollidas
Batendo no aire,
N-este trist' e lutoso concerto
Tomando vós parte,
Chorà, paxariños,
Por *Ela*, chorade!

—
Calà, miña arpa,
A d' ásperas còrdas....
¡De quen ch' arrolara
Quedastes xa hórfa!...
Pois n-o mundo te ves sin amparo,
Ó pé d-a sua còva,
¡Calà, miña arpa....
Miña arpa, chora!

M. DE MARCOS SANTOS.





FERRAN PÉREZ CHURRUCHAO ⁽¹⁾

~~~~~

### V

Media hora después, cuatro jinetes  
Camino de Padrón van rienda suelta,  
Son, el uno, Ferrán, otro su madre,  
Y los otros, dos pajes que ambos llevan.  
Llegados al castillo, del alcaide  
La libertad del prisionero impetran  
Mostrándole la orden de D. Suero,  
Y el alcaide al mirarla balbucea.  
Presto, presto, guiadnos, Ferrán dice,  
Nosotros soltaremos sus cadenas  
—Caminad, el alcaide les responde,  
Tan confuso que casi á hablar no acierta,  
Y la dama y Ferrán de él precedidas  
Se internan por la oscura fortaleza.  
Llegado á un calabozo frío y húmedo  
El alcaide paróse, abrió una puerta  
Y dijo; ahí teneis á vuestro padre,  
Y la madre y el hijo allí se internan.

---

(1) Véase el número anterior.

Caro Alonso..... Mi padre..... á coro exclaman  
¿Dónde estáis?..... Y en el fondo de la cueva  
A la luz del farol notan un bulto  
Extenuado, y apenas á él se acercan  
Ven un charco de sangre aún humeante  
Y..... ¡muerto!!..... exclaman, á una voz, que aterra.  
Y la dama se cae sin sentido  
Y el infeliz Ferrán ruge, desnuesta.....  
Maldición..... padre mío..... madre mía.....  
Infames..... asesinos..... vil ralea.....  
Asesinadme á mi también, traidores,  
Prendedme antes que vuelva á Compostela,  
Porque voy á vengarte, padre mío.....  
Decídselo á D. Suero, vil caterva,  
Mas, decid vos, alcaide, ¿quién ha sido  
El autor de esta infamia tan horrenda?....  
—Han venido el Deán y Vasco Pérez  
Un poco antes, señor, que vos viniérais.....  
—Volved, madre, volved, bien me decíais,  
La mujer desconfía pero acierta.....»  
Y ambos desfallecidos, el cadáver  
Entre sollozos alzan y lo besan  
Contrastando sus ayes doloridos  
Con el «alerta está» del centinela;  
Alzad por Dios, alzad, madre querida.....  
Deja Ferrán que aquí también yo muera.....  
Y Ferrán con trabajo la separa  
Y del caudillo con dolor se alejan.  
La luna que el espacio iluminaba  
Engarzada en un mantó azul de estrellas  
Pudo observar que cuando estos dos seres  
Salían de la oscura fortaleza  
Leyeron madre é hijo en sus miradas  
«Viudez...» «Orfandad...» «¿Qué más nos queda?»  
«Venganza...» gritan ambos, y «Venganza»  
Repitieron las brisas plañideras.

## VI

Es víspera del *Corpus*; mil trescientos,  
Y sesenta y seis años en nuestra era,  
El rey Pedro primero de Castilla  
Se encuentra á la sazón en Compostela  
Ansioso de frustrar adversos planes  
Que el prelado y los suyos le conciertan.  
Ya no duda el monarca castellano  
Que es por completo estéril su presencia  
Y no basta á impedir que los burgueses  
Del bastardo enarbolan la bandera.  
Al convento de San Martín Pinario  
Una dama enlutada se endereza  
Y después de anunciarse, sin tardanza  
Es conducida á la real presencia  
Señor, dice cayendo de rodillas  
Ante el rey castellano, á sus pies llega  
La Marquesa de Camba, una viuda  
Desfallecida por la pena acerba  
De encontrar á su esposo asesinado  
Por orden de D. Suero, cuando tierna  
La ansiada libertad á vos debida  
Llevaba á su prisión.... ah, noche horrenda  
Que mi mente estravía.... á reclamaros,  
Si es verdad que hay justicia aun en la tierra,  
Venganza, sí, venganza contra el hombre  
Que desacata á Dios y al rey desprecia.  
Muy escasos señora son los medios  
Con que puedo contar en Compostela  
Para daros venganza tan cumplida  
Como la requerida por la afrenta,  
Además el baldón que recaería  
Sobre el rey si venganza el rey os diera  
Detienen mi justicia..... Mas, mañana  
Van á lanzar el grito en contra nuestra;

Armaos vos también y en su palacio,  
En la calle, en el campo, hasta en su iglesia  
Yo os faculto, señora, y autorizo  
Para que vos vengueis vuestras ofensas.  
En los llorosos ojos de la dama  
Brilló un rayo de luz vaga y siniestra  
Y dijo:—Noble rey; con gusto acepto  
La misión de vengarme por mi cuenta;  
Mañana morirá nuestro adversario  
O quedaremos todos en la empresa.  
Y alzándose viril y majestuosa  
Besó con gratitud la mano regia,  
Alejándose á paso apresurado,  
Como quien lleva el alma satisfecha.

M. MARTÍNEZ GONZÁLEZ,

*(Continuará.)*





## POR UN RETRATO

BOCETO COPIADO DEL NATURAL

POR

BENITO LOSADA <sup>(1)</sup>



LA MARQUESITA.

**F**ELISA se llamaba la joven y bella Marquesa de Roca-blanda; era un portento de hermosura y la encarnación del ideal que el artista había soñado; además estaba dotada de esa gracia expresiva é incomparable que Dios concede solamente á la muger nacida en el Mediodía de España.

Felisa era andaluza.

Casada dos años hacía, cuando contaba apenas veintiuno de edad, con su tío el marqués, que ya había pasado con felicidad la cuarentena, residía en la corte, siendo uno de los astros más refulgentes que iluminaban los aristocráticos salones.

Sin embargo de poseer tan extraordinarios encantos y de no amar á su esposo, ninguno de los innumerables seductores de oficio que pululan en los altos círculos se había permitido dirigirle una frase insinuante. Era que Felisa unía á su belleza y amabilidad un continente digno, grave y severo, que ponía á raya hasta el más osado.

---

(1) Véase el número 2.

Roca-blanda conocía bien á su esposa y tenía en ella la más absoluta confianza, lo que no es común en los hombres de mundo cuando en la edad madura llegan á unirse á una muger joven y hermosa; y máxime sabiendo que no fué el amor quien la condujo al tálamo. Aunque su carácter era iracundo y receloso, lo dominaba aquella joven con su intachable conducta y su extremada dulzura.

Felisa tenía palco abonado en el Teatro Real y en el Español; pero solía asistir con más frecuencia al primero, tanto por su extremada afición á la música, cuanto por la aristocrática sociedad que allí concurría. Pero muy pronto empezó á tomar gran afición al segundo.

Mario Bosco concurría todas las noches al palco del Embajador de Nápoles y medio oculto por las cortinas se ocupaba en retratar á la linda marquesita durante el espectáculo; entrando en los intermedios á departir con sus amigos, dirigiendo entonces frecuentes miradas á la joven.

En breve hubo ésta de comprenderlo, llamándole la atención que el desconocido se retirase del palco en cuanto levantaban el telón; más su sorpresa aumentó al observar los cristales de unos gemelos por entre el cortinaje.

La curiosidad, compañera inseparable de la muger, triste legado de nuestra primera madre, quien por ella perdió la divina gracia, y lo que es más sensible, nosotros también, suele ser más fuerte y poderosa que el deber y la voluntad. Felisa excitada por ella, miraba instintivamente hacia el punto en que el artista se ocultaba, de ese modo singular é inimitable con que algunas mugeres saben hacerlo. En una de sus miradas comprendió que el joven tenía en la mano un objeto blanco en el que escribía, y su altivez sintióse herida al creer que por aquel medio, hartamente común por cierto, quería indicarle el deseo de dirigirse á ella por escrito. Pero muy pronto pudo convencerse de que se había equivocado.

Ansiosa de confirmar ó desechar su sospecha, espera impaciente el segundo entreacto: baja el telón y Mario aparece en el palco; pero sin dirigirle ni una sola mirada.

En un momento en que el artista departía con uno de sus amigos, dirígale Felisa los gemelos, en el mismo momento en que él la miraba; pero Mario, al advertirlo, continuó hablando con su amigo, sin volver á dirigirle los ojos.

—Comprendo que había formado un juicio inexacto, se dijo la joven entre satisfecha y contrariada, no es que quiera indicarme que desea escribirme ¿pero quién será? ¿qué se propone? Creo ver en su misteriosa conducta, algo que me es imposible penetrar y que me asusta. Y en verdad que tiene un tipo excepcional; su figura es distinguida, aunque un poco extraña.

La curiosidad de la joven marquesa quedó muy pronto satisfecha. Entró

al palco á saludarla el jóven conde del Coral, á quien preguntó la marquesa, despues de los cumplidos de ordenanza:

—¿Conoce usted aquel individuo que está en el palco del Embajador de Nápoles? Debe ser extranjero.

—No, marquesa, no le conozco; me parece que tiene tipo de artista.

—En efecto, conde.

—¿Tiene usted interés en saber quien sea?

—¿Interés? No, por cierto; ni curiosidad siquiera.

—Sin embargo, voy á averiguarlo.

El conde del Coral era uno de esos hombres más curiosos que las mugeres y que se desviven por satisfacer los menores deseos de las damas, y más si son bonitas. Salió al momento del palco y á la joven no le pesaba la oficiosidad del conde, por más que no lo demostrase.

Poco despues volvió á entrar en el palco de Felisa, y con aire de triunfo le dijo:

—Ya sé quien es el hombre, marquesita: es italiano, artista, heredero de un título y coronel. Dicen también que es algo excéntrico.

Me parece que está usted complacida y pronto.

—¡Ah! mil gracias, conde; pero no merecía la pena de la molestia que usted se ha tomado en averiguarlo, aunque no deja de ser curioso lo que usted acaba de referir. Conque ese hombre es artista, noble, coronel...! Muchas cosas son esas para un hombre solo; no le ha faltado á usted más que el nombre, la edad y el estado de ese caballero, para tomarle por completo la filiación. Repito á usted las gracias.

La bella marquesa hablaba acompañando sus palabras de una dulce sonrisa, tratando de demostrar lo indiferentes que le eran las noticias que acababa de saber; pero conocía al conde y sabía demasiado que muy pronto trataría de averiguar lo que deseaba.

Alzaron de nuevo el telón; Felisa dirigía miradas furtivas al palco de Mario, mientras éste continuaba su tarea.

—¿Me estará retratando? Se preguntaba. ¡Cuánto diera por ver lo que hace! ¡quién tuviera la doble vista! ¿Y cuál será su nombre y el del título que va á heredar? A la verdad, su figura es interesantísima y distinguida: es la de un verdadero artista aristócrata.

Todo esto y algo más aún cruzaba rápidamente por aquella imaginación meridional.

El telón volvió á caer, y á los pocos momentos entraba de nuevo en el palco el conde del Coral.

—Marquesa, ya sé todo lo que deseaba; nuestro hombre se llama Mario Bosco, hijo único del conde Gotardo, privado del Rey de Nápoles; es rico

por su familia y tiene además un capital propio adquirido por su trabajo; fué premiado en varias exposiciones y es soltero. Según me han dicho, piensa residir en Madrid algún tiempo, y está montando su taller en la calle del Prado. Dicen que retrata admirablemente; pero que no lo hace sino por compromiso de amistad. El mejor retrato de Pío IX está hecho por él.

—¡Ah! querido conde; no tiene usted rival para jefe de policía. Después de todo, veo que es usted más curioso que yo con ser muger. Poco ó nada me interesan esos detalles, aunque son curiosos, porque no pienso dejarme retratar por él ni por nadie. Verdad es que, según usted asegura, se necesitan memoriales para ser una retratada por ese señor.... Gottardo ¿no es así su nombre?

—No, marquesa; su nombre es Mario Bosco, y el de conde Gottardo el título que lleva su padre.

Terminó la función, y Felisa, al salir del Teatro, buscó con los ojos algo que no llegó á ver.

La primera idea que cruzó por su imaginación al despertar al siguiente día, fué la de averiguar si había función en el Español aquella noche.

¿Sería acaso por el espectáculo?

## VI

### EFFECTOS DE LOS CELOS

Era el marqués de Rocablanda tan aficionado á la música, como su bella esposa. Los carteles anunciaban aquella noche en el Real *La Sonámbula*, y el marqués se proponía asistir á la función, puesto que cantaban su ópera favorita.

A la hora de almorzar le dijo á su esposa:

—Supongo que irás esta noche al Real, pues cantan *Sonámbula*.

—No sé todavía si me animaré, por que estoy cansada de oír música y prefiero ir al Español en donde ponen una obra nueva.

—Haz lo que quieras, pues yo prefiero la música de Bellini á los mejores versos. ¿Pero de cuando acá te ha entrado esa afición al verso siendo tan filarmónica?

—Demasiado sabes que pocas obras me gustan; pero las de Ayala me encantan.

Los celos, siempre que hay propensión á sentirlos, y la hay con frecuencia en aquéllos que tienen esposas jóvenes y bellas á quienes doblan la edad, llegan á manifestarse por la más leve causa determinante.

El marqués pasó todo aquel día preocupado tratando de adivinar el motivo que decidía á su esposa á asistir al Español, con preferencia al Real, y discurría así aquel hombre celoso:

—¡Felisa, siempre tan aficionada á la música preferir el verso! Ella que tanto goza en la sociedad del Real!... Sin duda algún interés la mueve á hacerlo. ¿Será.... ¡Oh! no, no es posible. Mi muger es buena, es formal; la imaginación me hace ver fantasmas.

Por más que trataba de desechar las mortificantes sospechas que á su mente acudían, no le era posible conseguirlo. Pero llegó la hora del teatro y Felisa pidió el coche más temprano de lo de costumbre.

Las sospechas del esposo tomaron cuerpo y resolvió ponerse en observación aquella misma noche.

Felisa se dirigió al Teatro Español y su marido al Real; pero tal era su intranquilidad que, sin embargo de su extremada afición á la música, no le

fué posible fijar la atención en el espectáculo. Antes de terminar el primer acto abandonó su asiento, salió á la calle y tomó un coche de alquiler, dirigiéndose al Teatro de la plazuela de Santa Ana.

Movido por la febril avidez que despiertan los celos, se colocó en el lugar más á propósito para poder observar los movimientos de su esposa, y comprendió bien pronto que los ojos de la bella marquesita se dirigían á un palco principal. Fijóse en los que lo ocupaban; ninguno miraba á su muger, pero ella continuaba fijando los gemelos en el palco.

—Mi corazón no me engañaba, exclamó el marqués fuera de su razón. Su venida á este teatro y haberlo hecho más temprano de lo que suele, tenían un objeto que es necesario que yo sepa esta misma noche.

Al empezar el tercer acto entró el marqués en el palco de un amigo suyo, próximo al que ocupaba su esposa, y colocado de manera que nadie pudiera observarle, fijaba sus miradas en el palco del ministro de Nápoles. Pronto vió un hombre oculto por las cortinas y su cólera creció. Al terminar el acto, vé entrar á un joven en el palco: no le conoce; pero le aborrece, le abomina. Con impaciencia espera que la función termine, pues su imaginación extraviada por los celos, le hace ver señas dirigidas al palco de su esposa y se persuade que ésta y el joven están en inteligencia.

—Me vengaré, exclamó el furioso marqués con resolución.

Antes de terminar el espectáculo fué á colocarse á la puerta del palco que ocupaba Mario. ¿Para qué? Ni el mismo lo sabía. Pero sale el artista con sus amigos, y el marqués le mira iracundo, sin que aquel lo advirtiera.

—¡Me desprecia! se dice el marqués lleno de indignación.

Sale al encuentro del joven, y fuera de sí trata de atacarle, más el golpe es parado por uno de los amigos que le acompañaban.

Mario, sorprendido en los primeros momentos, le cree loco; pero repuesto de su asombro, le entrega su tarjeta y encarga á dos de sus amigos que arreglen aquella cuestión de honor. El marqués designa sus testigos, quienes tratan de transigir aquel lance sin llevarlo al terreno; pero Mario y los suyos se oponen: mediaba una agresión, y un duelo era la única solución posible. Decidieron al fin que tuviese efecto al amanecer del siguiente día, eligiendo por armas el sable sin punta.

*(Continuará.)*





## REFRANES, PROVERBIOS Y DECIRES GALLEGOS,

RECOGIDOS

POR EL QUE FIRMA Y NO CONTENIDOS EN LA GRAMÁTICA DEL  
SEÑOR SACO-ARCE

---

*«Los refranes son la filosofía  
del buen sentido.»*

MONLAU.

### A

- A alfórja d' o póbre con todo póde.
- A auga de correr e a gente de falar non se póde privar.
- A auga todo lava, senon a mala fada.
- A baraja é o libro d' os jogadores.
- Á besta golosa, taleiga d' area.
- A bondá destrói á autoridá.
- A cabra tira ó monte.
- A caste d' a hórta sal d' a corte po-l-a pórtá.
- Á confesion de tambor, ausoluecion de pito.
- Achaque quér a mórte e non sabe de que sórte.
- A dama ó desdén ó galan parece bén.
- A deuda e o labor sémpre véñen ó pior.
- A galiña po-l-o bico pón.
- A ganancia vai n' a compra.

A gando bravo, córda larga.  
 Agrade o cócho e non se repare n' o cocho.  
 Aguaciles e escribanos nunca de comer están fartos.  
 A jogueta e a bebedéla botan as casas por terra.  
 Algo tén a auga, cando a bendicen.  
 Altas, ou baixas, en Abril son as Páscuas.  
 Ama á tua mullér, se qués paz n' a casa ter.  
 A mal dar, tomar tabaco.  
 A mentir lógo un deprénde.  
 A mentira d' algo é filla.  
 Amigo que non dá e coitelo que non corta, que se perda pouco impórta.  
 Amigos, de lonxe, e contas, de preto.  
 Amigos de tabérna, amigos de m....  
 Amigo, un; enemigo ningún.  
 Amiguiño, sí; pró o póreo po-l-o que vale.  
 Amiguiños scámos e de nóso teñámos.  
 A moita manualidá é causa de menosprecio.  
 A móita terra dá duas cheas, unha de traballo, outra de miséria.  
 A mordedura d' o can c' os pelos se cura (quemando éstos y aplicando su ceniza á la mordedura.)  
 A mullér e a cabra, a pata quebrada.  
 A mullér e a ovella, con día n' a cortella.  
 A mullér é a priméira léira que o labrador casado ve po-l-a mañán.  
 Á mullér e o hóme honrado, po-l-o camiño d' o carro.  
 Á mullér qu' en alto fía, o fuso lle cai e o cu ll' asubía.  
 A muller que mói ruin sea, duas tundas; unha, pra que Dios veña á ve-l-a; outra, pra qu' á ver á Dios vaya ela.  
 A mullér que non tén hóme n' o regazo cóme.  
 Anada á carreira non se pillá.  
 Anadiña pouca, anadiña móita, vai chegando unha á outra.  
 Animal de pico nunca ó hóme fixo rico.  
 Ano d' ameijas, ano de queixas.  
 Ano de laceira, en cada esquina unha panadeira.  
 Ano de landras, ano de grasas.  
 Ano de nóces, ano de vóces.  
 Anque a sardiña está n' o plato, n' é por falta de gato.  
 Anque son saco, teño baraza.  
 Ansias alleas matan ós asnos.  
 Antes sudar que tembrar.  
 A nugalla nin cóme pan, nin dórme n'a palla, nin viste camisa lavada.

A pórcia de mayo vale máis n'o principio que n'o cabo.  
A quen hás de dá-l-a cea, non négue-l-a merenda.  
A quen nada tiña e herdou, bóa castaña l'estalou.  
A que seus fillos cría boa tea fia.  
A rapaciño mentireiro non perdone-l-as azoutas.  
A razon non quer forza.  
Á Roma por cénto, á Roma por cént'e un.  
Arreeiro d'unha besta, cesteiro d'unha cesta e pescador de cana, máis pérden d'o que ganan.  
As cerdeiras e os ladrós, anque se prendan, non son bos.  
Asegun me tócan, bailo.  
As enfermidades entran por libras e saén por adarmes.  
As móitas paradas fan os días pequenos.  
A soberbia está n'os póbres e n'os ricos a avaricia.  
A sórte d'o póbrega é andar á pedir.  
Auga corrente non mata á gente.  
Auga de tronada, n'uns sitios, móita, n'outros, nada.  
Auga d'outono mata á seu dono.  
A véllès véñen todas.  
Ave que se muda en cada sitio deixa unha pluma.  
A vida d' os vagamundos é unha vida real; de mozos, po-l-as tabernas; de véllos, n' o hospital.

MARCIAL VALLADARES.

(Continuará).







## PORTUGAL RELIGIOSO

---

### LA PROCESIÓN D'OS SANTOS PASOS

EN VALENÇA D'O MIÑO

---

**E**XISTE ya de antiguo en nosotros los españoles la costumbre, que bien puede tildarse como escasez de galantería y educación, de reirnos de ciertos modismos y construcciones de lenguaje en los portugueses, no vacilando en tacharlos de exagerados en sus diarios hábitos, mirando también con cierta prevención sarcástica cuando acudimos á un teatro, los arranques tiernos ó apasionados de sus artistas; á un simulacro de guerra, las operaciones tácticas de sus soldados; y á una función sacra, la pompa aparatosa que despliegan los encargados del culto.

Esto, como al principio manifesto, ni nos honra, ni nos concede carta de superioridad para con una nación, que, como Portugal, es hermana de España en costumbres, naturaleza y lenguaje.

No son todos los españoles quienes así piensan y discurren; pero aún contando con un contingente respetable de compatriotas refractarios al gusto de alimentar errores, queda un numeroso público al cual es preciso, por medio del libro, del periódico y de la palabra, hacerle comprender que la hermosa patria de Camoens es tan digna de respeto y admiración como la mágica cuna de Cervantes.

---

Muy á la ligera, y como prueba de lo apuntado, voy á describir una de las funciones religiosas de más nombradía, de más grande popularidad en la nación portuguesa y á la vez la más criticada y empequeñecida, no tan solo por los que viven á miles de leguas de Valença, si también—y esto es más extraño—por los que habitan, como decirse suele, *pared por medio*, que es lo que acontece á los vecinos de la griega Tuy.

El mayor encanto y el más sublime que tiene la procesión de los *Pasos* en Valença, es la peregrinación que todo un pueblo hace por unas cuantas horas á pié, y en medio de un paisaje deslumbrador, á otro pueblo de distinta nación.

Por eso es más extraño y vituperable que visitando la ciudad de Tuy en masa anualmente á Valença á fin de asistir á una de sus funciones religiosas más populares, venga la tradición y el relato á conocimiento de los forasteros tan salpicados ambos de absurdos errores.

Por personas que lo habían visto y presenciado todo se me aseguró que los *Pasos* de Valença eran escenas de la Biblia representadas al natural, siendo los protagonistas personas de carne y hueso: que uno de estos incomparables recuerdos de nuestra edad primitiva y el más aplaudido—sin duda por lo incitante de la exhibición—era aquel que representaba á Eva y Adán en el arriesgado momento de comer la fragante camuesa, apercibiéndose mucho antes de digerirla de la tenue transparencia de su vestimento y de lo demasiado frescas y palpitantes que mantenían las tentadoras formas.

Algo se me resistía creer que un país cultísimo escogiera precisamente la época más austera y las ceremonias más grandiosas para hacer tragar á todo un pueblo extraño el más fenomenal retroceso de la civilización; y con el deseo de salir de dudas, formé gustosísimo parte de una excursión, que por lo cómoda, breve y llena de encantos, se hace agradable á casi todo el mundo.

La tarde amenazaba lluvia, las nubes color de ceniza se arremolinaban cual si fuesen espesos y enredados tules sobre las apiñadas casas de la sombría Valença: las murallas de la fortificación, negras por la incuria de los inviernos, cubiertas de yedra y maleza, aparecían también más imponentes que nunca, y los romeros que iban ascendiendo reposadamente por la fatigosa montaña, detrás de la que se parapeta la plaza fronteriza, cansados y jadeantes, con las cabezas naturalmente inclinadas, parecían víctimas próximas á inmolarse.

Desde la plataforma de la montaña, y antes de sumergirse bajo la oscura bóveda, á cuyo final se halla la primera guardia de las tropas portuguesas, es indispensable, parodiando á *Lot*, y á riesgo de quedarse mudo de asombro, volver la cara atrás y tender la vista por el panorama que se descubre en una extensión de algunas leguas.

El río Miño, que besa constantemente las corolas de las flores de Portugal y el verde tallo de nuestras mimbres, sigue su resposado y magestuoso curso, compartiendo los suspirillos que exhalan sus rizadas ondas, ya con los embriagadores jardines lusitanos, bien con los húmedos y dilatados prados que constituyen la vega del *Louro*.

Elevadísimas montañas, como soberbias emperatrices de aquel extenso territorio, se destacan con sus riquísimas diademas de pinos y de robles hasta perderse sus crestas entre los velos de la niebla ó entre las apiñadas y pardas nubes, precursoras de la tempestad.

El puente internacional se parece, allá abajo, acostado sobre la tersa superficie de el *Miño*, á un gigante dormido por el arrullo de sus suaves ondas y por el canto de los ruiseñores que en las noches de luna lloran sus seledades entre la retama campesina.

Severa, escabrosa y abrupta también se divisa desde la verde meseta que dá acceso á una de las puertas de entrada de Valença, la enorme pendiente del monte *Aloya*, perpétuo centinela de aquellos valles de Tuy y crónica muda de sus antiguos recuerdos, pues en sus cumbres se admiran aún hoy los célticos *dolmens* y los *menhires* de los hijos de *Ery*.

El monte *Aloya* es una especie de arca santa que conserva en su profundo seno, como reliquia veneranda, la imborrable huella de la estirpe primitiva.

Este es á grandísimos brochazos el golpe de vista que descubre el romero antes de entrar en Valença.

Penétrase en la plaza de guerra, triste de ordinario, sin que por sus estrechísimas, pero bien embaldosadas calles, circulen apenas media docena de transeuntes, en la tarde de la función de los *Pasos*, ha recibido como por arte de un conjuro una transformación agradable.

Todo es movimiento y alegría: las *chandas* están abiertas: por ellas asoman las trigueñas caras de las *mininas*: en las esquinas, *no Largo de San Sebastao, na Rua Direita* y en la *Praça Municipal*, la muchedumbre de ambas ciudades se agolpa para tomar puesto preferente, á fin de presenciar el desfile de la procesión. Ofrecen extraño y seductor contraste los sencillos atavíos de nuestras labradoras, con la saya listada de la aldeana portuguesa; lo puntiaguda *chinela* con el tacón partido, sobre una media blanca como un copo de nieve; la no ménos blanquísima camisa, abullonada en las mangas, el negro pelo peinado con rodete, y al rededor de la morena garganta, y en las orejas una tienda de oro portugués, trabajado en descomunales collares, y en pendientes de respetable longitud.

Ya se descubren los grupos de curiosos: en las altas galerías, sobre los guardacantones de la vía pública, y sobre la misma fortificación, no se ven más que personas ansiosas de presenciar el sacro paseo.

Rompe la marcha un formidable pendón morado, al cual sigue un estandarte en el que se distingue hábilmente pintada la escena del *Descendimiento*: después, á una distancia respetuosa de cincuenta pasos, una de las otras, caminan, llevando los distintos atributos de la *Pasión*, niñas, como de cinco á seis años, y algunas mayores, vestidas lujosamente de túnicas de sedas blancas ó azules, ensortijada moña y riquísimas joyas de brillante oro; dos magníficas y bien trabajadas imágenes de *Cristo* y de la *Virgen*, forman como á la mitad del santo cortejo; al final, detrás del cabildo y corporación municipal, una sección del Batallón de Cazadores núm. 7, en traje de gala, con las *armas terciadas* la tropa, y con el *sable sobre el hombro derecho*, los oficiales.

He aquí, sin exageraciones, ni omitir detalles de ninguna especie, en que consisten los celebrados *Pasos* de Valença: una procesión exactamente igual á las de España que recorre su trayecto en medio del mayor orden, y con una particularidad mejor que la de nuestras procesiones.

Aquí no asisten las mugeres con vela, ni he visto esas ridículas ofertas de acompañar toda la carrera á una *devota* con las rodillas ensangrentadas, y cometiendo una solemne barbaridad en vez de ofrecer un mérito al Hacedor.

En varias calles por donde atraviesa la procesión se construyen altares, ante cuyas imágenes rezan los fieles.

También hay infinidad de puestos públicos, donde se venden sabrosos dulces empapelados.

Pudieron haberse representado *á lo vivo*, allá en época remota, y en alguna oscura aldea ó ignorada villa, los célebres *Pasos*, pero ni en Valença, ni en otra culta ciudad de Portugal, tienen lugar actualmente las salvajes escenas á que me refiero.

La nación portuguesa no podría tolerar á sabiendas, el culto á una costumbre bárbara y ridícula, de igual manera que España, y todos nosotros protestamos enérgicamente contra *el Rosario de la Aurora*, no por el *rosario*, pero sí por la habitual *destemplanza* de los que le rezan.

JUAN NEIRA CANCELA.

Tuy, 31 Marzo 1887.





## REVISTA BIBLIOGRAFICA

~~~~~

BECUNDO, sin disputa se presenta el año para las letras gallegas, á juzgar por el trimestre que va corrido. Sin contar con el diario y cotidiano trabajo, que aumenta y se perfecciona á maravilla, crecen á la par y se multiplican las obras de empeño, los esfuerzos extraordinarios, por los cuales puede medirse el valer de la labor emprendida y realizada.

Es innegable que todo requiere su oportunidad y sazón especial, fuera de la que resultan inútiles los mejores deseos. Cierta es que el artificio y la industria nos ofrecen á veces verdaderos prodigios de adelantada madurez ó de insólita florecencia, conseguidos con ayuda de desacostumbrados procedimientos; pero tales productos, como todas las monstruosidades, pueden servir de objeto de curiosidad y nunca de muestra natural de flores ni de frutos; sin contar además con que los tales, como cosa inadecuada que son, suelen siempre perder en gusto y en aroma lo que por otra parte ganaron. Y de igual modo en la vida de los pueblos tiene también cada cosa señalados su lugar y su época de aparición, en los cuales y no en otros, han de florecer lozanas y madurar sabrosas. Y en vano es que fuera de éstos quiera ingerirlas y plantarlas algún novador atrevido; que si por el pronto aparecen sus esfuerzos coronados por el éxito, harto en breve se torna enteco y enfermizo lo que parecía frondoso y rozagante: buena prueba de que su vida era artificiosa y aparente.

A la cuenta, es la presente la época oportuna para que las gallegas letras, saliendo de su larga somnolencia, renazcan vigorosas y tomen parte en el concierto de las literaturas regionales, lozanas hoy también como pocas veces. No solo es de notar hoy el número y calidad de los que escriben, sinó el acierto que en general preside sus trabajos, dignos, no solamente en determinada clase, sinó en todas, de alternar con los mejores de cualquiera otra región. Y eso que acaso mis noticias referentes á trabajos literarios no son quizá muy completas. Obligado, hace ya mucho, á dedicarme á estudios y trabajos de muy diversa índole, vivo alejado del campo de las letras, y dedicándole tan solo las pocas horas de vagar que de tarde en cuando me dejan mis quehaceres. Por esta razón tal vez estoy un poco *distanciado*—como dicen los del oficio—sin seguir á la par el movimiento contemporáneo. Más aunque ya un poco tarde, no puedo excusarme de decir dos palabras acerca de algunos libros, que por cariñoso recuerdo de sus autores, llegaron á mis manos.

Es el primero—y nadie extrañe que por él comience, que gratitud y nobleza obligan—el primer tomo, ó más bien, su primer volumen, de la *Historia crítica de la literatura gallega*, por D. Augusto G. Besada, aprovechado joven que de un salto supo conquistarse un envidiable puesto entre nuestros escritores.

Nada había escrito todavía el Sr. Besada—á no ser algunos versos, inocente desahogo de todo corazón de veinte años—cuando en el Certamen celebrado por la Juventud Católica de Santiago en Julio del 85 fué premiado su *Cuadro de la literatura gallega en los siglos xiii y xiv*, concisa y erudita monografía en que no se sabía que admirar más, si lo completo y curioso de las noticias, lo atinado y discreto de los juicios, ó el desenfado y virilidad del estilo. Este trabajo fué el fundamento de la *Historia*. Alentado su autor, que si es modesto como pocos es laborioso como ninguno, por el feliz resultado obtenido en su primer ensayo, emprendió el estudio de nuestra literatura; y en poco tiempo y con asombroso éxito se encontró dueño de un verdadero caudal de noticias y documentos. Restaba empero el trabajo de hilvanar y unir aquellos desconocidos datos, trabajo en verdad no pequeño para el que no posea la suprema facilidad de que el Sr. Besada dispone para trasladar al papel su pensamiento; pero que fué para él... *coser y cantar*.

Hízome el Sr. Besada el honor de consultarme su trabajo; y mi admiración subió de punto, cuando en contadísimos días me enseñó el primer tomo de su obra, escrito con extraordinaria soltura, casi sin necesidad de lima y á poco más sin saber como se había hecho. Y de igual forma se van haciendo los demás.

No por ser forjada de esta suerte es peor la obra que me ocupa. Acaso podrá achacársele cierta ligereza de estilo en algunos pasajes, y alguna desigualdad en el tono general, defectos que con serlo, revelan toda la espontaneidad con que escribe el autor. Hija también de la misma es la impresionabilidad que demuestra al comentar determinados pasajes ó al juzgar una personalidad, sin que el corazón, sin embargo, le arrastre hasta el apasionamiento: nubecillas ligeras todas éstas, que en modo alguno empañan el claro ambiente porque el libro está bañado.

Y aunque de buena gana seguiría enumerando las ventajosas condiciones que le adornan; y sobre todo entraría en su análisis y exposición detalladas, entiendo que no debo hacerlo, que hartó me morderá, por lo ya escrito, más de una lengua maldiciente. Y la razón es obvia. En la primera página del libro, y unido al inmortal de Rosalía Castro, estampó mi nombre el autor, más sin duda como cariñoso tributo de la amistad con que me honra, que como expresión de méritos que no tengo. Conste en descargo mío y en satisfacción á los manes de Rosalía, que ni un solo momento, al verme tan encumbrado, se me pasó por las mientes el merecerlo. Esto no quita sin embargo un ápice á la gratitud de que soy deudor al Sr. Besada; y á quien me complazco en dar este público testimonio de lo mucho en que le tengo y de lo más todavía que le aprecio.

El marqués de Figueroa, ventajosamente conocido ya por sus dos novelas *El último estudiante* y *Antonia Fuertes*, acaba de publicar una tercera, titulada *La Vizcondesa de Armas*.

La distancia que mediaba entre sus dos primeras, y que, según entonces hice constar, constituía un signo de progreso en el autor, aumentóse desmesuradamente ahora; pues *La Vizcondesa* es ya toda una novela, bien pensada y bien expuesta, con las pequeñas salvedades que luego diré.

Acerca de la forma nada nuevo he de advertir. En este libro es, como en todos los suyos, el Sr. Armada, castizo, elegante y asaz correcto: escribe

siempre en *su* estilo, cervantesco á veces, salpimentado de sentencias y aforismos á *lo Valera* en ocasiones, y en todas ellas español de buena cepa. Es muy de notar que vale mucho más cuando da suelta á la pluma y habla por su cuenta, que cuando hace hablar á sus personajes.

Una circunstancia atendible avalora en alto grado esta narración, y que quiero apuntar antes de pasar adelante. A pesar de tratar en algún punto, alguno un tanto resbaladizo, ni una sola crudeza de mal gusto se hace notar, campeando en toda la novela la pulcritud y delicadeza de que debe hacer gala todo autor que se estime en algo. Y además de esto, y por más que sea repetir lo que otra vez dije, debe alabarse cual se merece el talento descriptivo de que hace gala el marqués de Figueroa, sobresaliendo, no solo en un lugar sinó en muchos, donde á granel se encuentran esparcidas muy ricas muestras de este género. Podría citar algunas en prueba de mi aserto; pero solo quiero hacerlo del tercer capítulo de la novela, que es todo él una maravilla.

El argumento, aunque sencillo y nada laberíntico, es, sin embargo, bastante más intrincado que el de las otras novelas del autor. Hay en él enredo y trama y lucha de pasiones y estudio de caracteres; y palpita en su desarrollo algo hondo y bien sentido que lo realza y le da vida. Abundan los episodios interesantes, las situaciones bien traídas y los momentos difíciles, de esos que deciden de la suerte de un personaje y nos lo hacen simpático ú odioso. Lo único que le falta, acaso, es un poco mayor espacio para desenvolverse. Precipítanse á veces con sobrada rapidez los acontecimientos, si bien en beneficio del desenlace, con peligro de los nervios, que tal vez quisieran algo más de calma y sosiego.

Las figuras que intervienen en la acción están todas bien dibujadas, por más que no abunda en ninguna el colorido. Quiero decir: que si bien tienen el relieve necesario para que se destaquen del fondo, no están pintadas con tonos calientes, dominando las medias tintas y las veladuras, lo cual da al cuadro la plácida serenidad de una tarde otoñal. Entre todas ellas, no hay un carácter verdaderamente enérgico, aunque sobresale, claro está, el de la protagonista. Esto no quita, sin embargo, que tengan mérito, y mucho, por las demás circunstancias que reúnen.

Es, pues, por todas estas razones *La Vixcondesa* una muy apreciable novela; y bien merece su autor que los amantes de las bellas letras le tributen sus plácemes por ella.

Y ya que de novelas, y de novelistas gallegos hablo, y aunque no corresponda precisamente al período que examino, no dejaré de citar como hermosa joya de la literatura de estos tiempos, la última obra de la Sra. Pardo Bazán, *Los pazos de Ulloa*. Llevado de la curiosidad por los elogios que de

ella oía, búsquela y léila; y en verdad que me encantó de veras. Diputéla al punto, y así lo creo, por la mejor novela de su autora, cuadro primoroso de paisaje que respira vida y lozanía. Si fuese á hacer ahora su juicio crítico, cosa que no haré por falta de espacio, algunos reparillos pudieran ofrecérseme; pero á vueltas de ellos, muchas son las bellezas que en el libro se atesoran.

No cerraré esta crónica, un poco larga ya, sin hablar de otro libro que, aunque está á cien leguas de las letras, tiene, además de su indisputable mérito, dos razones para que sea atendido en esta REVISTA: ser de autor gallego y publicado en Galicia. Intitúlase *Elementos de Derecho penal*, y lo escribió el docto profesor de esta asignatura D. Ramon Ramiro Rueda.

Aunque profano por entero á la ciencia del Derecho, no dejé de leerlo con gusto; que la inteligencia, como los ojos, necesita de cuando en vez cambiar de horizontes para espaciarse y descansar. Por aquella razón no he de hacer aquí un juicio crítico, pretensión que sería en mí imperdonable, sinó dar meramente cuenta de su aparición.

Cosa extraña es á mi ver que siendo nuestro Código, al decir de los que entienden de esas cosas, uno de los mejores, sean tan escasos hasta el presente sus comentaristas, que viene á ser el Sr. Rueda uno de los primeros. La ciencia lo invade hoy todo, y con más ó menos pretexto, que no siempre tiene para ello verdadero fundamento, quiere informar todas las esferas de la actividad humana, acorralando por do quier, ya que no destruyendo en definitiva, y esta es acaso su mayor victoria, al empirismo ciego y rutinario. Asuntos y cosas que no hace mucho se consideraban, sinó como refractarios, como muy diversos por lo menos de la ciencia pura, apóyanse hoy en racionales cimientos, formando verdaderos cuerpos de doctrina, y encauzándose por sendas hasta poco há totalmente desconocidas ó solo adivinadas. Tal variante en la manera de ver las cosas, hizo cambiar, como es natural el sistema de exposición de muchas, que ofreciéndose al presente bajo muy nuevo aspecto, tornaron añejos, cuando no inútiles, procedimientos y métodos tenidos en otros tiempos como inmejorables. De aquí la necesidad de que, dado el progreso y ulterior desenvolvimiento de la ciencia, en periodos no largos aparezcan libros que vulgaricen las nuevas formas de doctrina y las doctrinas nuevas que sucesivamente vayan apareciendo. Y si además de

esto se avaloran tales libros con las reflexiones que brotan de la experiencia propia y del largo estudio á una sola materia consagrado, harto se comprenderá que los autores de los mismos han de merecer loa y alabanza.

He aquí, sucinta y brevemente expuestas, las buenas prendas que adornan al Sr. Rueda, que además de comprender cuantas cuestiones se relacionan más ó menos directamente con la ciencia en cuyo estudio se ocupa, está escrito con la facilidad y soltura que son peculiares á tan galano expositor.

Cuando por breves momentos como ahora, puedo abrir un paréntesis en mis trabajos profesionales, leve descanso en la cotidiana lucha por la existencia; y olvidar, con las cuartillas delante, los incesantes afanes que la vida trae consigo, páreceme que llegan hasta el pecho, ganoso como está de respirar con desahogo, frescos y aromáticos efluvios, lejana reminiscencia de lugares y paisajes que pasaron para no volver. Hay en ellos aromas de flores y surcos de hojas y gorgoros y trinos y murmullos, vagos destellos de un mundo acaso que es solo vapor y humo, pero que tiene sus cambiantes y sus tornasoles, y, sobre todo, sus recuerdos y sus esperanzas, es decir, los dos únicos consuelos del alma.

Cerremos aquí el paréntesis, que ya el reloj, ese enemigo del descanso, avisa de que van dos horas pasadas; y ese sobrado tiempo para el poco en que la vida consiste. Volvamos á *la tierra*, que, después de todo, esa es nuestra primera madre; y ¡quién sabe si acaso nuestra generación lo comprende así mejor que ninguna otra! Decíame, no hace todavía una semana, una señora respetable por su ancianidad, y más aún por su virtud: «¿En qué consiste, amigo mío, que la juventud de hoy es tan seria y poco expansiva? ¿Es que no sabe ya tener alegría?»—Y yo mientras que contestaba una vulgaridad, pensaba para mí: ¡Si habrán muerto ya, Dios mío, todos los entusiasmos!

J. BARCIA CABALLERO.

Abril de 1887.

LA CORUÑA

JOSÉ MIGUEZ PEINÓ Y HERMANO, IMPRESORES

San Andrés 98, bajo.

1887